

EL DOS

DE MAYO

116669



EX LIBRIS



Mariano Rodriguez de Rivas



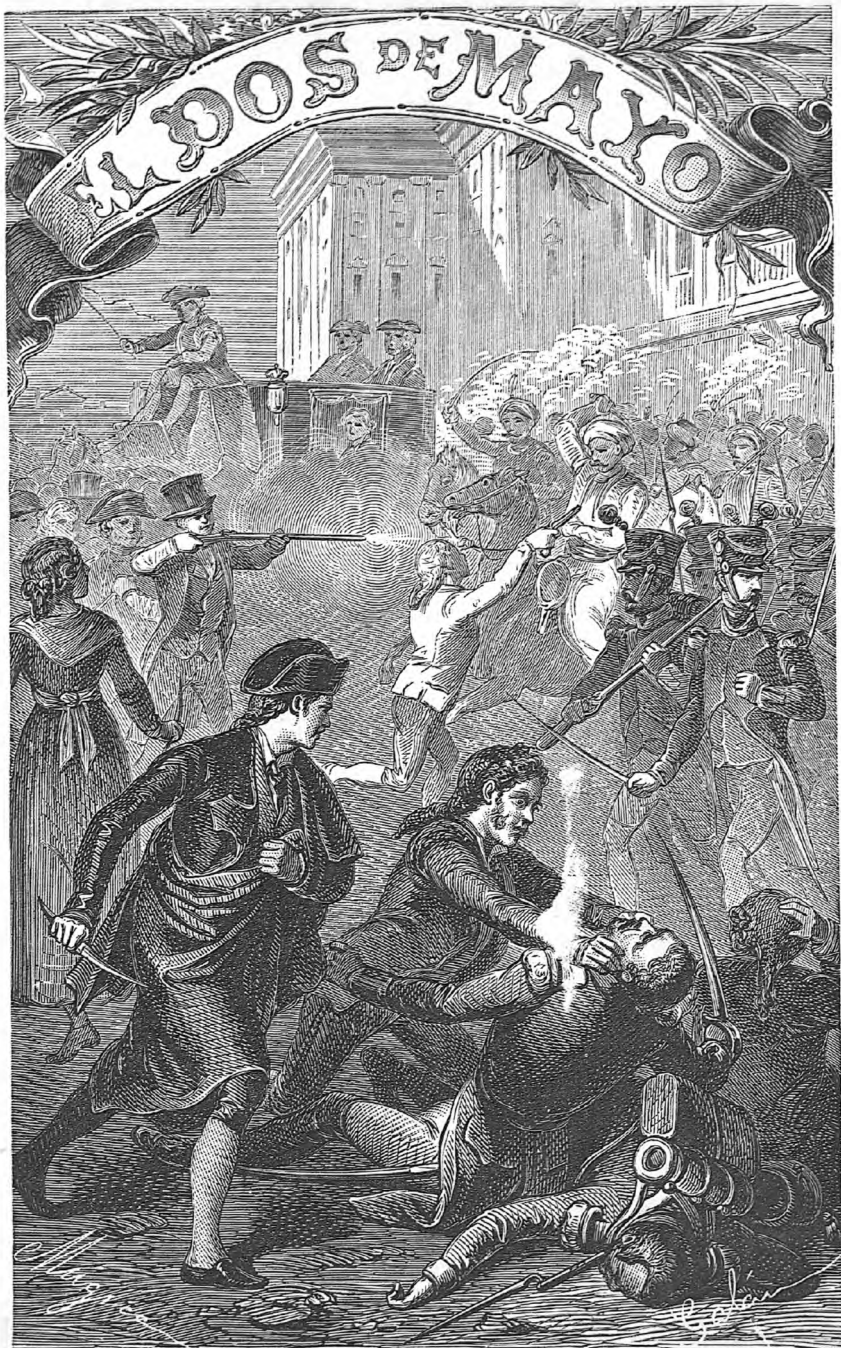
EX LIBRIS



Mariano Rodríguez de Rivas

Aroutis 741 fop 84 p/2 72 Lams

Re



POR D. MANUEL VAZQUEZ TABOADA.



A-1308

FOR THE MARCH 1948

Luis Barba

7500

GALERIA LITERARIA.—MURCIA Y MARTI, EDITORES.

R

38366

EL DOS DE MAYO



LOS FRANCESES EN MADRID.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

de hablo...
Libro... y...
no...
...

DE D. MANUEL VAZQUEZ TABOADA.

SEGUNDA EDICION.

TOMO I.

MADRID: 1866.

Imprenta de la Galería Literaria, Cruz Verde, 12.

EDITORIAL LITURGICA--LEONIA Y MARTEL EDITORES

3836

EL DOS DE MAYO

LOS SUAVES EN MADRID

Esta obra es propiedad de los Editores y nadie podrá reimprimirla sin su consentimiento.

LEONIA Y MARTEL EDITORES

SEGUNDA EDICION

TOMO I

MADRID, 1908. In prensa de la Escuela Liturgica, C/ de Toledo, 112.

PROLOGO.

AL SEÑOR DON ISIDORO M. VILLANUEVA.

Nada mas terriblemente grande, nada mas levantado y prodigioso puede darse en la vida moral ó política de un pueblo, que el sentimiento altivo é indomable de su independencía, que el sacro altar de sus caras libertades, que su profundo horror á las extrañas dominaciones, al pesado yugo del extrajero.

Maravilla y arrebató el corazon ese espectáculo de singular poderío que aun en medio de sus mayores y mas terribles calamidades, ha dado esta nacion magnánima, *tierra clásica de los héroes*, cuando al sentirse aherrojada, por indolencia propia ó agena perfidia, al carro victorioso de los Atilas de todos los tiempos, se vió precisada á sacar fuerzas de su postracion, para romper en menudos pedazos aquellas mismas cadenas que por más inquebrantables se tenían.

Solamente al considerar que la pátria de Pelayo, de los Gonzalos, de los Jaimes y de los Guzmanes, el suelo inconquistable do asientan la invicta Zaragoza y la Gerona sangrienta, es la Numancia eterna, espanto de las Romas de todos los siglos; solamente así puede explicarse la razon de que á España por desacertado sendero hubiera venido á buscar el ocaso de su gloria, su tumba de Santa Elena, el terrible coloso que abortó la Revolucion francesa, el azote de Europa, el tirano que no encontraba ya cabezas que ceñir tantas coronas arrebatadas entre el fragor de sus cañones, el poderoso, el inmortal Napoleon Bonaparte.

Sí; España, al escribir con la sangre de sus ilustres hijos la terrible lección que enseñó á las otras naciones el precio en que deben tenerse los lares de la patria hollados por un invasor, arrojó á los piés de aquel gigante la primera piedra que habia de cubrir su sepulcro, que habia de anonadar su imponente y terrible poderío, y reducir á humo vano las mil victorias y conquistas de sus rapantes águilas.

Imposible se hace creer que pocos años despues de haber sostenido España una prolongada guerra con los ejércitos de la República, pudiera resistir á las huestes del que, con capa de «aliado», consiguió distraer nuestras fuerzas en una lamentable lucha con Portugal, para mejor ocupar así nuestras plazas más fuertes, sin perdonar á la córte de la monarquía, teatro de espantosos desastres y ardiente ejemplo de patriótico heroísmo.

Al ocuparme en esta obra de aquella época memorable, casi temo que mi pluma no sea bastante á describir con todo su magnifico colorido tantos rasgos de heróico valor y de santo amor á su libertad como ofreció entonces el pueblo de Madrid. ¡Hermosas jornadas de gloria y luto á la par, que estendiéndose por la Península con la rapidéz de un voraz incendio, arrancaron á todos los pechos el entusiasta y sublime grito de *Independencia!*

Ardua, difícil es mi tarea, ante la grandeza de tan renombrados hechos; pero pues no soy Homero ni Virgilio para tributar en elevados conceptos loores más dignos á los héroes de mi narracion, me sobran el noble orgullo y el amor santo de la patria, que en los grandes asuntos llega siempre á suplir la cortedad del ingenio, y hace de este verdaderos prodigios.

Así, *El Dos de Mayo ó Los Franceses en Madrid*,—casi me atrevo á esperar con confianza—dejará complacidos á mis lectores, cuando no por la importancia y originalidad de la empresa, por los numerosos datos y documentos históricos con que vá amenizado.

Dichoso yo mil veces si despues de tan improba tarea y de toda suerte de desvelos, llego á obtener la aquiescencia del público.

Dignese V. admitir como testimonio de mi consecuencia la dedicatoria de esta obra, la más trabajosa que ha escrito su atento servidor

Q. B. S. M.

M. VAZQUEZ TABOADA.

Madrid, 8 de Mayo de 1863.

faena, mezclábanse á su vez en la cuestion la tabernera, mujer como de unos cincuenta y cuatro eneros, de baja estatura, pero rechoncha y colorada como un melocoton de á libra, y su linda hija, la muchacha más cortejada y requerida por todos los mozos apuestos del barrio de Lavapiés.

—Yo le juro á Vd., señora Teresa,—exclamaba uno de los bebedores, con un marcado acento de corage,—que aunque soy así, como aparento, un alfeñique, me comprometo á dar cuenta de media docena de esos *monsieures*; y si á mí se me unieran doscientos hombres decididos... ¡Huíí! entonces, vive Dios! que no vuelva á ver con estos ojos á mi Paquilla si no dábamos cuenta de ese rebaño de perros que se nos ha entrado de rondon por las puertas.

De este modo se expresaba un jóven que contaria de veinticinco á veintiseis años de edad, el cual luego que hubo concluido su discurso se llevó á sus lábios, con habitual desenvoltura, una bien medida copa, apurándola con el mismo entusiasta enfado que si con efecto se tragara en el mosto los seis *monsieures* consabidos.

Su rostro morcno, de regulares y agraciadas facciones, indicaba, debajo del terciado tricornio, toda la ingenuidad de este tipo franco y resuelto, tan peculiar á Madrid entre la clase del pueblo.

Aunque delgado y de buena estatura, se colegia por la prominencia muscular de sus formas que su sencillo aspecto podria engañar facilmente la confianza de esos mismos hombres que en materia de pugilato gozan en determinados círculos la reputacion de invencibles.

—Bueno será que rebajes dos terceras partes de la primera cuenta, Epifáneo,—replicó la tabernera con sorna,

al paso que llenaba hasta rebosar la copa que el entusiasta jóven acababa de colocar vacía sobre el tablero—pues esos *monstres*, que por otra parte me dan tan mala espina como al que más, son por fin hombres como tú y como todos; y ¡pardiez! queridó, que los que traen aquellas *colmenas de pelo* sobre la cabeza, me parecen tan altos como la torre de Santa Cruz.

—¿Y á mí que me vá ni me viene para el caso que sean mayores que gigantes?—se apresuró á decir el mancebo variando con trazas de mal humor su tricornio de la ceja izquierda á la ceja derecha.—Tengo aquí en el corazón un cierto no sé qué, que no me dice nada bueno sobre la venida de esos extranjeros á Madrid; y luego se cuentan unas cosas... ¡vaya! Pero si esto no se puede ni aun pensar en calma.

—Dice bien Epifáneo, señora Teresa;—interrumpió uno de la compañía terciando en la cuestión—yo, desde que vi entrar á esos granaderos tan fachendosos estoy que lo que como y bebo se me atraviesa en la garganta, cual si se me clavaran espinas.

—No digo yo menos, Pepe;—continuó la tabernera;—y sino ahí está mi Colás que *no me dejará mentir*, y te dirá como esta mañana me costó gran mareo el medir un vaso á uno de esos franceses. Si no fuese porque pudiera parecer descortés, y él lo pidió haciendo muchos arrumacos y *rendivus!* tan cierto como esta luz nos alumbra que apenas anduvo dos pasos fuera de esa puerta, hice mil añicos el vaso en que habia bebido, y despues tiré á la calle el dinero conque me habia pagado, porque me parecia deshonra que yo me quedara con él.

—¡Bien! muy bien! Viva la señora Teresa! gritaron á una vez todos los concurrentes, aplaudiendo frenéticamente.

te á la tabernera, la cual, con ambas manos colocadas en la cintura se contoneaba llena de arrogante fiereza, como si se aprestase á embestir al que por un solo momento pusiera en duda su aseveración.

En esto la muchacha, que hasta entonces parecía no haber prestado atención á lo de que se trataba, se acercó al corro diciendo en ademán algun tanto misterioso:

—¡Pues si ustedes supieran lo peor de todo!

—¿Qué es ello, Maruja?—preguntó el llamado Curro.

—Es una cosa muy seria, señor Francisco, y cuenta con que lo sé de buena tinta.

—No ignoro qué tú gachés todo un señorito, un hombre de buen pelaje, y que como siempre anda entre caballeros principales, debe saber en dónde le aprieta el zapato. Pero cuenta, Maruja, cuéntanos tu secreto, aunque para los amigos no están bien nunca secretas las cosas....

María pareció que dudaba, y luego bajando la voz:

—No me lo ha contado el señorito Enrique—dijo—pero...

—Bien, eso no hace al caso;—le interrumpió la tabernera con cierta ironía burlona—cuéntanos el pecado, aunque nos ocultes el nombre del pecador.

—Pues como digo,—continuó la joven,—parece que las intenciones de los franceses no son allá que digamos todo lo buenas que pudiera uno prometerse.

—Si no dices más que eso,—repuso uno de los bebedores—ya estamos al cabo de todo.

—Pero Vd. no deja que me explique, señor Tomás, y así no acabare nunca. Quería decir que las intenciones del emperador son las de ceñirse la corona de España. Dentro de dos ó tres días entrará en Madrid Napoleón, y muchos temen con fundamento que lo vamos á pasar mal!

Yo de esto no entiendo, pero se me asegura por quien puede saberlo que este negocio huele á zambra y que muy pronto vamos á tener disgustos muy serios. La verdad es que ese Napoleon por donde quiera que vá siembra la muerte y todas las desgracias del mundo.

—Hablas como un letrado, muchacha, y á fé que eso mismo revolvía yo en mi imagin, allí dentro, hace más de una hora.

El que esto dijo, dando una palmada en el hombro á la jóven, era el tabernero que hasta entonces habia estado muy afanado yendo y volviendo durante las primeras horas á las habitaciones interiores.

Casi al mismo tiempo un nuevo parroquiano hizo girar la puerta de la taberna y entró dando las buenas noches á la concurrencia, la cual le recibió con el nombre de *Maestro*, de cuyo título ó mote daremos á conocer el origen á nuestros lectores.

Era el *Maestro* un hombre ton de elevada estatura, rostro severo y resuelto continente.

A pesar de que frisaba ya en los sesenta de su edad, tanto en la taberna, donde con más frecuencia concurría, como entre todo el vecindario, se llevaba la palma de ser el mejor esgrimidor de navaja que se conocía en todo Madrid. Tornero de oficio, aunque en él despuntaba tanto como el que más, no era esto en verdad lo que le habia valido el dictado por el cual todos le designaban.

Como decimos, manejaba la navaja con notable perfeccion, y si bien su carácter era tan digno de aprecio como su honradéz, su mayor entretenimiento consistía en dar lecciones de la expresada arma á cuantos reconocian y gustaban aprovecharse de las ventajas de su ciencia.—

Esto precisamente era lo que le hacia ser conocido por el Maestro entre las gentes del barrio.

Por lo demás su nombre de pila era Pedro, y aunque casi todos desconociesen ó olvidasen su apellido, habia heredado de su padre, á falta de otro más ilustre, el de Alvarez.

Lo primero que hizo al entrar en la taberna fué dirigirse al tabernero, y despues de hablar con él secretamente,

—¿Has visto hoy á tu novio? preguntó á María.

—La jóven respondió con una negativa.

—Pues necesito verle mañana á todo trance.

—Si Vd. quiere algo para él, Maestro, dígame qué es, y mañana muy de madrugada espero que vendrá, si alguna ocupacion no se lo impide.

—Bien, es convenido: si viene antes que yo, le dirás que me espere, pues tengo que participarle una noticia de mucho interés.

Luego volviéndose al tabernero, añadió:

—¿Qué tal marcha nuestro negocio?

El tabernero cojió de sobre el mostrador un quinqué, y haciendo al Maestro una señal de inteligencia,

—Venga Vd.—dijo—y podrá juzgar por sus propios ojos.

Y uno y otro, atravesando un estrecho y largo corredor, se dirigieron al interior del establecimiento.

Llegado que hubieron cerca de una puertecita, sacó el tabernero del bolsillo una llave, y abriendo, hizo entrar á su amigo en el interior de aquella habitacion.

Lo que se ofreció á la vista del Maestro debió causarle profunda satisfaccion, pues por espacio de un minuto no dió muestras de abandonar su actitud contemplativa.

—¿Qué le parece á Vd. de todo esto?—preguntó el tabernero.

—¿Qué me parece?—replicó el Maestro,—Me parece... me parece que si el otro día hubiéramos dispuesto de estas *cañes*, habríamos hecho en Aranjuez la *pesca redonda*.

—Eso mismo digo yo, Maestro.

—Sin embargo, aunque no hayan servido para ese Príncipe de la Paz, que Dios confunda, casi estoy seguro de que no tardaremos en necesitarlas para un caso mucho más sério que el de Aranjuez.

—Hé aquí precisamente, por que no me descuido en proveer, un dia trás otro, este pequeño arsenal. Que otros, abrigando nuestros temores, procuren imitar mi ejemplo; y ya que no contamos ejército en la capital de España, ó poco ménos, con que tener á raya la dominacion extranjera, que se nos viene encima á pasos de gigante, el pueblo solo bastaría á contener cualquier desman que se intentara.

Habíamos omitido decir á nuestros lectores que lo que tanto llamó la atencion del Maestro, eran unas veintiseis á treinta armas de fuego, que por su original desigualdad asemejaban el referido cuarto á la cámara de un buque pirata.

Cinco ó seis trabucos de terrible y pronunciada boca; fusiles de diversos tamaños, y luego, algunos sables mohosos, puñales, varias cananas y cartucheras: todo esto, colocado en la pared con estudiada simetría y ocupando un ángulo de la habitacion, fué lo que se ofreció á la vista del absorto amigo del tabernero.

Este continuó:

—Desde que Murat ha entrado en Madrid, ha con-

firmado con su conducta los temores que se abrigaban.

—Dícese—repuso el Maestro—que ejerce una influencia peligrosa en palacio; y aunque yo no creo que nuestro rey Fernando se deje dominar como su débil padre, al fin y al cabo le habrá de imponer su yugo el extranjero. Nicolás, yo quisiera equivocarme, pero se murmuraba, no infundadamente, de ciertas gentes que rodean al rey.

—Pues yo voy más allá que Vd., Maestro.

—Explíquese Vd.

—El rey Carlos firmó en Aranjuez la renuncia en favor de su hijo el día 19...

—Cabal.

—El pueblo ha demostrado y sentido inmensa alegría no bien se esparció la nueva en este acto; porque todos, Maestro, grandes y pequeños, queremos con idolatría á nuestro rey Fernando (1).

—Seguramente; y él es el destinado á labrar la felicidad de España.

—Pues bien: Fernando no conviene á las miras de Bonaparte, por la misma razón de que ese avasallador de coronas comprende que el jóven príncipe es nuestro ídolo. Y ahora pregunto: ¿no ha llamado la atención de Vd. el que hubiesen mediado tan pocos días entre la renuncia y la protesta de Carlos IV?

—Es cierto.

—Pues en esto han jugado los manejos del embajador francés, los de María Luisa y la reina de Etruria: María Luisa quiere, con el restablecimiento de Carlos en el tro-

(1) Conocida es ya de nuestros ilustrados lectores la pasión con que aquel pueblo, hablaba del rey Fernando VII.

no, cambiar la suerte del favorito: á nadie se le esconde el ódio que Fernando profesa á Godoy: este, despues de todo, conviene mucho y puede servir grandemente á las miras de Bonaparte... ¿me comprende Vd?

—¡Que si comprendo!... ¿pero cómo está Vd. tan enterado, tan al cabo de esos enredos?

—Mañana ¿no espera Vd. ver aquí á D. Enrique?

—Sí.

—Pues entonces cesará la extrañeza de Vd.: mientras tanto ya vé, Maestro, que hago más que alarmarme como lo está todo el pueblo de Madrid, pues me prevengo para un dia que presente mi corazon no ha de estar demasiado lejos, y más aun cuando todo parece conjurarse para que así sea.

Abandonemos la taberna de la calle del Humilladero, para ofrecer á la consideracion de nuestros lectores los justos motivos de alarma que traian agitada la córte, el dia á que nos referimos en esta historia.

Cuando el 23, cinco dias antes del precedente diálogo, verificó Murat su ostentosa entrada en Madrid, al frente de un brillante y numeroso estado mayor, de la caballería de la Guardia imperial y de lo más lucido de sus tropas, cediendo algun tanto la desconfianza del pueblo, casi recibió este con agasajo al cuñado de Napoleon, al orgulloso duque de Berg y Cleves, *Alteza Imperial y Real*, y generalísimo de los ejércitos de ocupacion.

Sin embargo, hubo muchos que distinguieron que Murat, desplegando aquel día tal lujo de militar poderío, pretendía imponer de este modo al pueblo altivo cuyos muros traspasaba por primera vez; y como una simple sospecha, en circunstancias semejantes, crece y se propaga entre las masas con la rapidez del pensamiento, de aquí que los ánimos se alteraron sordamente, hasta el punto de presentirse graves y próximos conflictos.

Muchos y muy dignos de la general consternación eran en verdad los desmanes cometidos en varias poblaciones de la Península por los franceses, y que contribuían á mantener vivos los recelos del pueblo madrileño.

Aparte la seria circunstancia de que la guarnición exigua existente en Madrid, apenas bastaba á cubrir las necesidades del servicio ordinario, casi todo nuestro ejército, incautamente aliado á las empresas ambiciosas de Napoleon, atacaba en el Norte la independencia de Portugal, y el resto se encontraba esparcido, dividido en pequeñas é inútiles fracciones. La falsía con que el general francés D^e Armagnac había conseguido posesionarse de la ciudadela de Pamplona, engañando á su gobernador; la toma del fuerte de igual denominación en Barcelona, y el castillo de Monjuich; la entrega que se hizo al ejército invasor de la plaza de San Sebastian, y por último, la sorpresa de que había sido objeto el castillo de San Fernando de Figueras, todos estos sucesos precedentes bastaban á producir la alarma que más tarde debía confirmar con sus actos el tristemente célebre Murat.

Si la idea de que las tropas francesas habían entrado en Madrid con el objeto de proteger al príncipe Fer-

nando; el ídolo que entonces adoraba el pueblo, no fue para este un lenitivo á su natural recelo, pocas ó ningunas ilusiones habria sustentado acerca de las pacíficas intenciones que animaban á sus arrogantes huéspedes.

Hallábase á la sazón la córte en Aranjuez, y este real sitio era teatro de acontecimientos bien singulares; tanto que no podemos resistir á la tentación de narrarlos, aunque brevemente, toda vez guardan una estrecha relación con el hilo de nuestra tarea.

El nuevo embajador que nos habia enviado Bonaparte, Beauharnais, estaba encargado por su amo de la misión especial de manejar la intriga en el palacio de los reyes, sirviéndose de esta arma, á la sazón poderosa, para sus ocultos fines.

Aun estaban fijos en la memoria los trastornos ocurridos en el real sitio, cuando la agresión que habia puesto en peligro la existencia del Príncipe de la Paz, á quien su privanza y ençumbramiento le habian grangeado el ódio general, una guerra á muerte por parte del pueblo y de los adeptos á Fernando.

Habíase tomado por pretexto de este motin el viaje de la familia real, que se creyó fijado para la noche del 17, y el cual tenia por objeto verificar una entrevista con el emperador de los franceses.

Contra lo que convenia á las miras de Napoleon, Beauharnais habia contribuido grandemente á promover el motin que estalló en la citada noche, y del cual Godoy, arrastrado y maltratado por las turbas, se salvó como por milagro, despues de haber sido su casa objeto del más fiero destrozo á que se entregaron las turbas irritadas contra el valido; asonada en la cual, según refiere el mismo